

NOTES

[N50 III:2] EL CERRO DE LOS MONOS Y SU TRADICION.

El Cerro de los Monos es una ruina de las conocidas en Guerrero con el nombre de mumuxcles o yácatas. No es la única que existe en el Distrito de Mina, pero tal vez sea la más importante por su tradición. Se encuentra al oriente del pequeño poblado llamado Puerta de Arriba, perteneciente al ejido de El Potrero, Mpio. de Tlalchapa. Hace muchos años existió en ese lugar una especie de pequeño "museo" arqueológico en que había ídolos, fragmentos de columnas y muchas piedras talladas. Se encontraban estos ídolos con tanta facilidad, y era tal su cantidad, que los habitantes de La Puerta de Arriba y de El Potrero acabaron por bautizar a ese mumuxcle con el nombre de Cerro de los Monos.

Yo conocí ese pequeño museo, hará unos veinticinco años aproximadamente, pero los ídolos ya habían desaparecido. Entre las cosas que recuerdo haber visto (y esto infinidad de veces), se hallaban dos medias lunas que han de haber medido poco más de un metro de longitud por unos 15 o 20 centímetros de espesor. Sólo ha quedado un ídolo muy grueso y muy pesado que representa una mujer. Actualmente se encuentra partido por la mitad, más o menos a la altura de lo que pudiera considerarse la cintura. No se halla propiamente en el Cerro de los Monos, sino al otro lado de una pequeña barranca, junto a un lugar denominado el Charco de las Truchas. Antes estaba sobre el camino que conduce al Salto Colorado, pero las gentes ociosas lo rodaron para la barranca acabando por partirlo a la mitad. Es una mujer pechona, sin brazos y tiene rota la cabeza, es decir, la parte superior del cráneo, pero conserva completa la cara. Por tener grandes los pechos los cazadores de Puerta de Arriba le llaman la Mona Chichona.

Algunos fragmentos de columnas, así como un bajorelieve que yo personalmente saqué en el Cerro de los Monos, en ocasión de una visita que hizo a ese lugar el Inspector de la Zona escolar, Prof. Raúl Isidro Burgos el año de 1929, fueron trasladados a la comunidad de El Potrero, para adornar con ellos el teatro al aire libre, anexo a la escuela rural de dicha comunidad. Juntamente con esos fragmentos llevamos también una especie de esfera tallada, deportillada de un lado, que parece haber sido una base de columna y que nosotros colocamos en el

arco central de ese pequeño teatro. Estos trozos de piedra, tallados totalmente, deben encontrarse en la escuela del lugar: por lo menos, allí quedaron después de que el teatro se destruyó.

He querido dar estos datos antes de hablar de la tradición del Cerro de los Monos, porque me parecen interesantes para los investigadores de estos asuntos. Yo conocí estos objetos porque nací en Puerta de Arriba y desde mi niñez recorrí infinidad de veces aquellos lugares.

LA PEREGRINACION

Cuenta la tradición que el Cerro de los Monos fué un reino indígena, y que precisamente en ese lugar estuvo el palacio real. Hace muchos, muchísimos años — según contaban los viejos cazadores de Puerta de Arriba, entre los que se contaba mi abuelo, Luis Martínez—, los aztecas colonizaron gran parte de lo que hoy se conoce con el nombre de Tierra Caliente, teniendo como sede de su pequeño imperio al Cerro de de los Monos.

Aseguraban que habían bajo del Valle de Toluca en gran peregrinación hacia el sur, y que al llegar a un lugar del Edo. de México, denominado Tejupilco, se dividieron en dos gruesas columnas que siguieron caminos distintos, pero siempre con dirección al sur. Una pinza se fué por el camino de El Bejuco y Valderrama y desembocó en lo que hoy es Cutzamala de Pinzón. La otra, siguió por los Tepehuajes, San Pedro, El Paso de Cajinicuil, Ranchos Nuevos, Rincón Grande (todos estos lugares del Edo. de México), el Cerro de Tequesquite, el de El Coyol y el de Las Trincheras, hasta frontar con el río Balsas en lo que hoy son Tlapehuala y Ajuchitlán.

Pero la primera columna se encontró con que el Imperio Tarasco, cuyo asiento estaba en Coyuca de Catalán, al otro lado del río Balsas, tenía gente distribuida en todo el ángulo occidental que forman los ríos Balsas y Cutzamala, o sea, lo que hoy son Chumbítaro, El Guariche y Salguero. En tal virtud, ya no pudo continuar su marcha hacia el suroeste, que era la dirección que llevaba, y tuvo que cambiar de rumbo, dirigiéndose entonces hacia el oriente, para pasar por Ziran-danguio, Guaracio y Tlalchapa hasta llegar a lo que hoy es el Cerro de los Monos, donde habiendo encontrado agua suficiente y campos propicios para estacionarse, se establecieron definitivamente.

Por su parte, la otra columna que logró llegar hasta Tlapehuala, se encontró con que del otro lado del Balsas se hallaba establecida la raza cuitlateca, la cual tenía como centros principales de población a lo que hoy son San Miguel Totolapan y Ajuchitlán. Cuentan que los hombres

de esta raza eran grandes y fuertes, un tanto gigantones. Al verse rechazada esta columna por los cuitlatecas, se replegó hacia el norte, viniendo a unirse a la anterior. Ambas columnas se establecieron en el Cerro de los Monos y sus alrededores que comprendían Tlalchapa, Tecomatlán, Cuahulotitlán y lo que hoy son San Antonio del Rosario y Rincón Grande del Edo. de México, encontrándose lo grueso de la población en Las Mesas, la Cañada de las Trincheras a un lado y otro de la Barranca del Charcolargo, a todo lo largo de la Barranca de los Peñas Grandes y en el valle de La Puerta de Arriba y El Potrero. Así surgió el pequeño imperio que tuvo por sede al Cerro de los Monos y que sirvió para que más tarde este pueblo guerrero emprendiera nuevas expediciones hacia la Costa Grande, llegando hasta Zacatula.

POR QUE LOS ANTIGUOS SEPULTARON SUS CASAS

Acerca de por qué los indigenas del imperio del Cerro de los Monos taparon sus casas con tierra y piedras, hay tres versiones distintas. La primera dice, que cuando los pobladores de aquella comarca tuvieron conocimiento de las destrucciones que los conquistadores españoles ocasionaban a los pueblos conquistados, se apresuraron a tapar sus habitaciones para que no les fueran saqueadas y destruidas, y que el rey de ese señorío ordenó a sus súbditos que lo sepultaran en vida en su propio palacio real, acompañado de sus familiares y su servidumbre. Los súbditos cumplieron la orden de su señor, y después de sepultarlo y tapar a tierra y piedra sus habitaciones, se dispersaron a lo largo de la Costa Grande de Guerrero.

Otra versión más antigua, es decir, que se remonta a muchos años antes de la Conquista, refiere, que habiendo sostenido ese señorío una serie de luchas con otros pueblos invasores, y que en una de tantas, estando ya a punto de ser vencido, el señor de aquella comarca celebró consejo con los ancianos de su pueblo, para que le aconsejaran lo que debía hacerse en tan crítica situación. El cuerpo de ancianos le dijo que su señorío había despertado grandes envidias entre los demás pueblos por la fama que corría de tener muchas riquezas, sobre todo, oro en granos, y que en tal virtud, lo que cabía hacer, puesto que eran muchos los enemigos, era emigrar de ese lugar hacia la costa, adonde esperaban ya no ser molestados más. El señor aprobó el consejo de los ancianos y ordenó a toda su gente que sepultara con tierra y piedras sus habitaciones y que se dispusiera a emprender la marcha hacia nuevas tierras que se hallaban más allá de la montaña verde. Así se hizo, y un buen día, anochecieron y no amanecieron, ignorándose el camino que real-

mente siguieron. "Estos mumuxcles —solía decir mi abuelo—, son las casas que sepultó el pueblo que voló".

La tercera versión que contaba mi abuelo, dice, que un día, siendo ya floreciente aquel señorío, acertó a pasar por allí un águila gigantesca que volaba lentamente como dando muestras de cansancio. Era tan grande, que todos los habitantes de la comarca se quedaron verdaderamente asombrados. Maravillado el señor de aquel imperio por la magestuosidad del águila, ordenó a sus cazadores que la siguieran y que se la trajeran viva o muerta, porque deseaba enjaularla y tenerla entre sus animales raros. Los cazadores obedecieron a su señor y la siguieron de lejos en lejos protegiéndose entre el follaje de los árboles.

Al fin vieron que aquel aguilon se había sentado sobre el Cerro del Tequesquite, y que en tal virtud, era oportuno cazarlo en ese lugar. Pero al acercársele los cazadores, se encontraron con que aquel cerro estaba transformándose en una bella ciudad, cosa que los maravilló. Temerosos de que el águila volara de allí y ya no acabara de construirse la ciudad, decidieron matarla. Los cazadores intentaron hacerlo, pero habiéndole errado los primeros flechazos, emprendió el vuelo y se remontó a las alturas, dejando petrificada aquella bella ciudad que comenzaba a nacer.

Defraudados en su propósito, se regresaron a darle cuenta a su señor de lo ocurrido. Después de haber oído pacientemente a sus servidores, reunió a los ancianos de su pueblo para que le explicaran aquel misterio. Los ancianos le dijeron que donde esa águila volviera a sentarse nacería una bella ciudad grande y floreciente; que del Cerro del Tequesquite había volado, más que por los flechazos de sus cazadores, porque aquel lugar carecía de agua y que no quería crear una ciudad donde sus habitantes tuvieron que morir de sed; que en tal virtud, volaría hasta encontrar algún sitio donde hubiera agua en abundancia y que allí haría surgir la ciudad que había dejado petrificada en el Cerro del Tequesquite, y que si él deseaba contarse entre los primeros habitantes que vivirían en ella, que ordenara a su pueblo seguir la ruta que el águila había tomado.

Entonces el cacique de aquel señorío ordenó a su pueblo que sepultara las habitaciones con tierra y piedra y que se dispusiera a seguirlo en una nueva peregrinación que terminaría cuando encontraron la nueva ciudad. Así fué como aquel pequeño imperio indígena emigró del Cerro de los Monos dejándonos muchas casas sepultadas.

El Cerro del Tequesquite tiene la apariencia de una ciudad moderna vista a distancia, y quienes hemos penetrado en él, sabemos que real-

mente aquello es un laberinto de calles y especie de avenidas, trazadas tan rectamente, que las envidiaría cualquier ciudad o pueblo. La tradición asegura que en ese lugar iba a fundarse México,* pero que por falta de agua, el águila determinó que fuera en otro sitio más apropiado.

[Celedonio Serrano Martínez]

* N. de la R.: Existe esta tradición en otros varios pueblos, por ejemplo, Huitziltepec, Gro., y Coatlán del Río, Morelos. Sea lo que fuera su significado, convendría recoger más versiones.

[N51 III:2] ALGUNOS MANUSCRITOS Y LIBROS MIXES DEL MUSEO NACIONAL.

Hace poco tuve el gusto de obsequiar al Museo Nacional de Antropología e Historia, en nombre del Instituto Lingüístico de Verano, cuatro manuscritos y dos libros impresos en lengua mixe, más un manuscrito en lengua náhuatl que también procede de la región mixe. Estas obras fueron compradas a algunos vecinos de San Lucas Camotlán, Oaxaca, y pueblos cercanos, cuando mi esposa y yo vivíamos allí haciendo estudios lingüísticos sobre el idioma mixe, bajo los auspicios del mencionado Instituto Lingüístico. Estando dichas obras a la disposición de los investigadores en el Archivo del Museo Nacional, y siendo de interés histórico y lingüístico, damos aquí una descripción bibliográfica de ellos y de un tercer libro que también pertenece al mismo grupo.

MANUSCRITOS

1. Diccionario español-mixe. Originalmente habrá tenido 262 fojas numeradas (14.5 x 21 cms.). De las primeras nueve fojas, restan dos y media (que han perdido la esquina con la numeración); y de las fojas 10 a la 262, faltan los números 25, 26, 56, y 257. Cada página está dividida en dos rectángulos con márgenes. En estos rectángulos están escritas las palabras o frases con su equivalencia en mixe. Contiene adiciones en los espacios y aún en los márgenes, en una mano diferente y con otra tinta. No tiene fecha indicada, pero Bernard Bevan personalmente sugiere que las marcas de agua y peculiaridades de ortografía indican que pertenece a fines del siglo 17 ó a principios del 18.

Era propiedad del finado cantor José Fidencio, de San Lucas Camotlán, quien podía recitar de memoria muchas hojas de la Doctrina en Mixe (por Quintana) y leía el español y algo del latín. Nunca